

En esto de repente despierta el huracán, échase sobre el lago la galerna, alborótase revuelto el mar, las olas cubren la lancha, todos tiemblan en sumo peligro.

«Mas Jesús seguía en la popa durmiendo sobre su cabezal. Y se acercaron a él sus discípulos y le despertaron y dijeron:—Pero Maestro, ¿a tí no te importa que nos hundamos? Señor! sálvanos! que perecemos!

Despertó Jesús tranquilamente del sueño en medio de sus alborotados discípulos y les dijo:—Hombres de poca fé! qué teméis?

»Entonces poniéndose de pie increpó al viento y a la tempestad y dijo al mar: Calla! refrénate!

»Y cesó el viento y se extendió una gran serenidad.

»Y les dijo Jesús: ¿Dónde está vuestra fé? todavía no la tenéis?...

»Y todos los que allí estaban quedaron admirados y llenos de profundo respeto diciéndose unos a otros:—¿Quién pensáis que es este que manda a los vientos y al mar y le obedecen?...

»Y navegando llegaron a la región de los Gerasenos que está en la costa opuesta a Galilea.

Había navegado la distancia de dieciséis a veinte kilómetros que dista Gerasa de Galilea. Tal vez no habían ido ellos solos en una lancha; sino que aquellas naves que, según dice San Marcos estaban en la ribera de Galilea llenas de gente que había escuchado la palabra del Maestro, de seosas de acompañarle por el mar y seguirle adonde fuese, debieron ir escoltándole por el lago atraídas también por la tranquilidad que al principio en él reinaba. Después cuando se levantó la tempestad zozobraban como la de los discípulos, y trabajaban por salvarse de la inminente ruina.

Grande fué su espanto cuando en medio de sus manobras oyeron la voz omnipotente del Maestro de las parábolas, no ya explicando con suavidad doctrinas celestiales, sino mandando con fuerte clamor al viento, y sujetando con firme voz al mar... ¿Cuándo ni a quién jamás si no estaba loco se le ocurrió decir a los vientos: ¡callad! y a las tempestades: ¡refrenaos! Por primera vez resonaba una voz semejante entre las rachas del viento, y el espumajeo de

las olas, y el chapuzar de las aguas encrespadas. Esa voz por fuerza o es voz de Dios o es voz de un loco.

Pero cuando entre el bramido del trueno y el estallido del rayo se vió que penetraba aquel clamor de imperio por todo el mar, y que el trueno callaba, y el rayo cesaba, y el viento se retiraba, y las olas se aplacaban, y el aire se serenaba, y volvía aquella misma tranquilidad con que se habían lanzado al mar pocas horas antes, entonces no solo los discípulos, sino como indica San Marcos, *los hombres*, es decir, los que venían en las otras naves quedaron aterrados y estupefactos diciendo al verse libres del abismo en que casi se miraban:

—¿Quién es éste? Manda a los huracanes! manda a las tempestades y le obedecen!...

### 103. LOS ENDEMONIADOS DE GERASA

(L. 8, 26-39; Mc. 5, 1-20; Mt. 8, 28-34)

Llegados a la ribera opuesta desembarcaron y emprendieron el camino en dirección de una ciudad que unos dicen Gadara, otros Gerasa, otros Gergesa, pues los manuscritos antiguos tienen este nombre escrito de muchas maneras. Y aunque en el Evangelio y en la historia de Jesús todo es de mucha importancia, es de poca relativamente esta cuestión y la dejaremos para los sabios y para los turistas que tengan la dicha y gusto de buscar todas las huellas del Salvador.

Lo cierto es que el Señor se dirigió a una ciudad no pequeña y desembarcó en un sitio ordinario. Cuando desembarcó tomó un camino verdaderamente solitario por donde no se veía ni un alma. Mas pronto de unos sepulcros, que allí había muchos, le salieron al paso dos endemoniados, muy furiosos, que eran ya conocidos en toda la comarca, como que por eso nadie transitaba por aquel camino.

El uno de ellos sobre todo «estaba dominado por el espíritu inmundo desde hacía mucho tiempo. No se dejaba vestir, no estaba nunca en casa, sino que tenía su morada en los sepulcros y ni con hierros podía nadie sujetarlo. Muchas veces atado con grillos y cadenas rompió las ca-

denas y desmenuzó los grillos, y nadie podía domarlo. Día y noche pasaba en los sepulcros o en los montes gritando y maltratándose con piedras».

»Este en cuanto vió a Jesús de lejos corrió y le adoró y clamando con grandes gritos, dijo: ¿Qué tienes que meterte conmigo, Jesús Hijo de Dios Altísimo? Vienes acá antes de tiempo a atormentarnos?

»Jesús empezaba a mandar al espíritu inmundo y a decirle:—Espíritu inmundo, sal de este hombre.

»—Te adjuro por Dios, decía el endemoniado, que no me atormentes!

»—¿Qué nombre tienes?—le preguntó Jesús.

»—Legión es mi nombre, porque somos muchos.

»Y es que habían entrado muchos demonios en aquél.

»Y le rogaban mucho que no los echase de la región y que no los mandase ir al abismo.

»Y había no lejos de ellos junto al monte una gran piara de puercos paciando y le rogaban los espíritus diciendo:—Si nos echas de aquí mándanos a esa piara de puercos para que entremos en ellos.

»Y Jesús se lo concedió al punto, y les dijo:—Id.

»Y saliendo los espíritus inmundos del hombre, entraron en los puercos. Y toda la piara, que eran unos dos mil, con gran ímpetu se lanzó por los precipicios al mar, y se ahogaron en él.

»Cuando esto vieron los pastores que los guardaban huyeron y pasando por la ciudad, por los pueblos y por los campos fueron contando todo lo que había sucedido a los endemoniados. Y salieron a ver lo sucedido, y llegaron a Jesús, y hallaron sentado a sus pies al hombre de quien habían salido los demonios, vestido y en su sano juicio. Y los que lo habían visto les contaron lo que al endemoniado había sucedido, cómo se había librado de la legión y lo de los puercos.

»Con esto salió toda la ciudad al encuentro de Jesús, y al verle comenzó a rogarle todo el pueblo de los Gerasenos que saliera de su tierra, porque tenían mucho miedo.

»Y él se embarcó y se volvió. Mas al ir a embarcarse suplicábale el hombre de quien había echado los demonios que le dejase estar con él. Mas Jesús no lo admitió, sino lo

despachó, diciendo:—Vete a tu casa a los tuyos y anúnciales y cuéntales lo que te ha hecho el Señor y cómo se ha compadecido de tí.

»Y en efecto fué y comenzó a predicar por la ciudad y por toda la Decápoli, lo que le había hecho el Señor. Y todos quedaban admirados».

Fácil es que este endemoniado fuese gentil y que por esa causa Cristo no quisiese recibirlo por discípulo.

Es curioso este episodio de la vida del Mesías, y digno de atención por ser esta la primera vez que Jesucristo sale a predicar a los gentiles, porque gentiles eran casi todos los que habitaban esta región, a pesar de que como luego veremos, nuestro Señor no fué enviado sino al pueblo de Israel, y sólo por medio de él tenía determinado enviar la luz al mundo.

Breve, brevísima fué su estancia en ellas. Casi no hizo otra cosa que librar a un endemoniado de la legión de demonios que le poseían. Al menos no nos cuentan más los evangelistas. Es verdad que el pueblo se portó con verdadera necesidad. Y siendo así que al ver su poder sobre los demonios debería haber retenido con empeño al Señor en su tierra y haberle brindado con dulce y larga hospitalidad en cualquiera de sus ciudades, al contrario, aunque cortésmente, o mejor dicho temerosamente, le rogaron enseguida que se fuese, porque tenían miedo... Tal vez el miedo de que se repitiese el desastre de los puercos, el temor de ser castigados por sus pecados con otras catástrofes como aquella, en una palabra, el recelo de recibir algún perjuicio material, y de que aunque se viesen librados de males espirituales, fuese esto a costa de males materiales, les hizo procurar que saliese cuanto antes de sus tierras el bienhechor del mundo.

No quiso, sin embargo, irse el Señor de aquel país ingrato, sin dejarles un testigo de sus bondades y de su poder, y un predicador de sus doctrinas en el endemoniado al cual no se dignó recibir por discípulo, sino que le mandó quedarse allí como su predicador.

## 104. LA HEMORROISA

(L. 8, 40-48; Mc. 5, 21-34; Mt. 9, 1. 14-22)

Navegaba de vuelta de Gerasa, y tal vez volvían como habían ido, escoltados de otras lanchas que al ir a Gerasa los habían seguido. Del lado de acá no dejarían de estar inquietos por la suerte de los marinos los que, a poco de partir las lanchas, habían visto desencadenarse la tempestad, de que milagrosamente Jesús los había sacado. Y como los de tierra no sabían el milagro, más de cuatro amigos y acaso parientes de los que habían ido en las lanchas, estarían ansiosos de saber si se habían salvado. Sea por esto, sea por la natural curiosidad y el gran deseo de la multitud de volver a ver al Profeta, apenas en alta mar se vieron las velas de las lanchas que estaban de vuelta, fuese aglomerando en la costa una gran turba de gente que le estaba esperando. Todos le recibieron con gran alegría y expectativa, y escucharon sin duda, admirados, el relato de la maravillosa soberanía que el Señor mostraba lo mismo sobre el mar que sobre la tierra.

Desembarcó el Maestro e infatigable como siempre, detúvose a hablar con el pueblo a la orilla del mar, y estaba rodeado de muchísima gente, cuando los discípulos de Juan, con la misma importunidad que otras veces, se le acercaron y pusieron las mismas dificultades que le habían puesto ya en otra ocasión estos mismos, o algunos otros de su misma escuela.

—¿Cómo es que los fariseos y nosotros ayunamos con frecuencia, y tus discípulos no?

A la misma pregunta dió también Jesús la misma respuesta con mucha gracia:

«—¿Está bien que los amigos del esposo anden tristes cuando está con ellos el esposo? Ya vendrán días en los que se les arrebatará el Esposo, y entonces ayunarán. Nadie pone un remiendo de paño crudo en un vestido viejo; porque éste quitaría al vestido su entereza y el rasgón se haría peor. Ni se echa vino nuevo en pellejos viejos; porque se rompen los pellejos, se derrama el vino, y se pierden los pellejos. El vino nuevo se mete en pellejos nuevos y así se conservan los dos».

Estando así hablando, acercóse abriendo paso con empuño un caballero distinguido. Era Jairo uno de aquellos príncipes de la sinagoga, varones autorizados entre los judíos, los cuales presidían y dirigían en las reuniones las conferencias, lecturas, oraciones y cuanto en las sinagogas se hacía. No sabemos que en Cafarnaúm hubiese más sinagoga que la que el Centurión allí había edificado, y es seguro que Jairo sería amigo del Centurión y acaso uno de los que vinieron a interceder por él en otra ocasión.

Ahora no venía a pedir por otros, sino por sí. Abrióse paso fácilmente por el respeto que inspiraba su persona. Venía además afligido y lleno de pena porque su única hija, niña todavía de doce años se le estaba muriendo. Apenas llegó a Jesús, «mirándole cayó de rodillas a sus pies, y le adoraba suplicándole que fuese a su casa. Y le rogaba instantemente diciendo:

«—Señor, mi hija es muerta. Mi hija está en la agonía; pero ven, pon tus manos sobre ella para que se salve y viva».

No rehusó Jesús la adoración que se le hacía, porque era digno de ella. Y conmovido por la angustia del padre, levantándose al punto, echó a andar con él, siguiéndole acompañado de sus discípulos. Seguíale toda la muchedumbre, y le iban empujando.

Iba allí una mujer enferma. ¡Pobrecita! hacía doce años que tenía flujo de sangre. San Lucas, que era médico, dice que la infeliz había gastado en médicos toda su fortuna, y que no pudo curarse con ninguno. San Marcos, que no era médico, dice además, que había padecido mucho de parte de los médicos, y que a pesar de gastar en ellos todo lo suyo, no sólo no había mejorado, sino que estaba peor.

«Esta, habiendo oído hablar de Jesús, metióse entre la turba, y fué acercándose por detrás diciendo entre sí:—Si yo llego a tocar su vestido me curo».

Llevaba Jesús en su manto, como era costumbre de los judíos, cuatro borlas o colgantes pendientes de cada una de las cuatro esquinas. De un haz de hilos de lana o lino de color de jacinto, formábase un cordón y en él algunos nudos o borlas, que cosían al manto en sus esquinas. A estos colgantes llamaban los hebreos *gedilim* o *sisit*, si bien el

primer nombre más parece significar el cordón, y el segundo, que suena a flor en su etimología, la borla hecha en el cordón mismo. Y en los principios del pueblo decía Moisés a los Israelitas: «Poned *gedilim* en las cuatro puntas del vestido de que os cubrís». Servíales este adorno como símbolo y recuerdo de los mandamientos de Dios. Hoy mismo los judíos conservan esta tradición, y debajo de sus vestidos, como nosotros el escapulario, llevan ellos sus *sisit* o sus *gedilim*, hechos con todo cuidado, según reglas minuciosas que ellos se han inventado, acerca del número de hilos y su color y su materia. Y cuando van a la sinagoga cúbrese del talith o manto de la oración, de cuyas cuatro puntas penden otras tantas borlas que ellos suelen besar con reverencia.

No se atrevía la enferma, por vergüenza, a manifestar su enfermedad delante de todos, y caminando entre la turba miraba ansiosa las borlas del manto del Mesías, que le pendían por la espalda, y fija en ellas la vista pugnaba por avanzar hasta tocarlas esperando hallar la salud a su contacto; y en efecto llegó por fin al Señor, «acercósele por detrás, y tocó las borlas de su manto. Al punto cesó el flujo de sangre, y ella sintió en su cuerpo que estaba curada ya de su enfermedad».

«En aquel mismo instante volvióse Jesús a la turba, y conociendo la virtud que de él había salido, dijo:—¿Quién es el que ha tocado mis vestidos?»

»Todos decían que ellos no habían sido. Y Pedro y los que con él estaban le dijeron:—Maestro, te están comprimiendo y ahogando las turbas, y preguntas, ¿quién me ha tocado?»

»Y dijo Jesús:—Alguno me ha tocado; porque yo he conocido que de mí ha salido virtud».

Es decir: alguno me ha tocado, no como me tocan los demás, sino de un modo especial, con intento y con fe y esperanza; porque de mí ha salido la virtud de hacer bien, yo he curado a una persona. Ya él lo sabía todo, mas hacía como que ignoraba lo demás.

»Y vuelto andaba mirando y buscando a la que esto había hecho. Y viendo la mujer que estaba descubierta, sabiendo lo que en ella había pasado, salió llena de miedo y

temblando se echó a sus pies, y descubrió delante de todos la causa porque le había tocado, y cómo al punto se había curado».

«Y Jesús le dijo:—Tranquilízate, hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y queda libre de tu enfermedad. Y desde entonces quedó curada aquella mujer».

De ella refiere Eusebio en su Historia Eclesiástica lo siguiente: «Dicen que fué natural de esta ciudad de Paneas, y que aún se ve allí su casa, y que se conservan monumentos ilustres en memoria del beneficio que le hizo Nuestro Salvador. Dicen que junto a la puerta de su casa, sobre una columna de piedra, hay una efigie de bronce de una mujer, que puesta de rodillas y extendidas las manos parece estar suplicando. Y frente a ella, también de bronce, está la efigie de un Señor, que, de pie y vestido de un manto digno, extiende su mano a la mujer. Y dicen que al pie, junto a la base de la columna, brota una planta desconocida, que, creciendo hasta tocar las borlas del manto de bronce, es remedio eficaz de toda clase de enfermedades. Y decían que esta estatua era el retrato de Jesucristo. Ha durado esta efigie hasta nuestro tiempo, y yo mismo, una vez que visité la ciudad, la ví». Sea de esto lo que sea, pues Eusebio solo dice que vió la estatua, y lo otro lo da como cosas que se decían, la estatua fué mandada derribar por Juliano Apóstata, quien creo que en su lugar puso la suya propia.

En el Evangelio apócrifo de Nicodemus, se dice además que esta mujer se llamaba Verónica, que ella fué la que enjugó el rostro a Jesús en el camino del Calvario, y aun se añade que ante Pilato dió testimonio de cómo a ella le había curado el Salvador su enfermedad. Pero son tradiciones más bellas que verdaderas.

#### 105. LA HIJA DE JAIRO

(L. 8, 49-56; Mc. 5, 35-43; Mt. 9, 23-26)

Impaciente debía estar el Archisinagogo con estas demoras, y deseando que Jesús acelerase su marcha, cuando he aquí, que estando todos rodeando al Maestro, viendo a la enferma y escuchando su relato, «se acercó uno al Prín-

cipe de la sinagoga y le dijo:—Ya ha muerto tu hija; no molestes ya al Maestro.

»Oyó Jesús estas palabras y dijo al padre de la niña:—No tengas miedo. Tú cree y sanará».

Entonces el Salvador mandó detenerse a todos, aun a sus mismos discípulos. Tomó solamente a Pedro, Juan y Jacobo, y echó decididamente a andar a casa del Príncipe. Llegaron a ella y encontraron a toda la familia revuelta. La gente andaba alborotada, lloraban, gemían, se lamentaban. Los gaiteros tocaban sus fúnebres elegías, las plañideras se golpeaban desgreñadas. Todo israelita, por pobre que fuese, llevaba a las exequias de su mujer por lo menos dos gaitas y una plañidera: en la casa de Jairo habría de seguro más.

«Viendo Jesús aquel espectáculo, les dijo:—¿Por qué os turbáis y lloráis así? Retiraos; porque la niña duerme, y no está muerta». Muerta estaba, en efecto, pero no muerta como los que no vuelven a la vida, sino muerta como los que van a volver a ella, despertando como de un sueño. Por eso el Señor, deseoso de disimular el milagro, decía que dormía. También de Lázaro cuando murió dijo: Nuestro amigo Lázaro duerme.

»Pero reíansele todos, sabiendo que la niña estaba bien muerta.

»Entonces Jesús tomó al padre y a la madre y a los que traía consigo, y entró en la habitación en que yacía la niña. Y tomándole su mano, le dijo:—*Talitha, cumi*, lo cual significa: Tú, niña, levántate.

»Y volvió a respirar y al punto se levantó y empezó a andar. Jesús mandó darle de comer.

»Sus padres quedaron profundamente estupefactos. Jesús les mandó con mucho ahinco que no dijese a nadie lo que había pasado. Pero la noticia se extendió por toda aquella tierra».

Solía el Señor muchas veces en sus curaciones encargar que se le guardase secreto. ¿Cómo encargaba una cosa que parecía imposible? ¿Cómo, por ejemplo, Jairo, su esposa y su hija iban a ocultar un prodigio tan grande como la resurrección de una difunta? Era cosa que lo habían de ver todos. Mas lo que el Señor deseaba, sin duda, era que no

diesen demasiada publicidad al hecho con esas demostraciones que estallan apenas se ha visto un milagro, y producen un gran alboroto. Deseaba Jesús por una parte que no se aglomerasen demasiados a pedirle gracias, por otra que no se conmoviese el pueblo más de lo que por entonces al Señor le convenía, en fin, que no tomasen de ahí pretexto sus enemigos para perderle antes del tiempo que él tenía designado. Así pensamos que se puede explicar la conducta de Jesucristo en esta y en otras ocasiones parecidas.

Por lo demás es evidente que nunca conseguía este secreto, sino por muy poco tiempo, que es lo que como digo pretendía. La noticia de tan prodigiosos portentos se divulgaba pronto por toda la región. Y de ordinario la conclusión evangélica de todas estas narraciones suele ser ésta, poco más o menos. Jesús les dice: «Cuidado con que lo digáis». Y el evangelista añade: «Y ellos lo fueron diciendo por todas partes», o «la noticia se extendió por toda la tierra».

#### 106. LOS DOS CIEGOS DE CAFARNAÚM

(Mt. 9, 27-31).

Salió Jesús de la casa de Jairo y de seguro que se le echarían encima de nuevo los innumerables que por donde quiera le seguían, y que entonces estarían mas curiosos esperando el suceso de lo que allá dentro había pasado: Si los padres de la niña y los demás de la familia fueron tan discretos que no divulgaron el caso al instante, sería más tranquila la salida, y quizás más de cuatro se quedarían alrededor de la casa de Jairo husmeando e inquiriendo el misterio que dentro, sin testigos, se debía haber verificado.

Jesús, sin detenerse, se dirigía a su casa, es decir, a la casa de Pedro, dentro de la misma ciudad de Cafarnaúm. Mas al pasar se le echaron detrás dos ciegos, los cuales le seguían gritando y diciendo:—Ten compasión de nosotros, Hijo de David.

No se detuvo Jesús: siguió hasta su casa. Tampoco se detuvieron los ciegos: siguiéronle hasta el fin y penetraron

en pos de él, pidiéndole la gracia de la vista. Ya dentro les dijo Jesús:—¿Creéis que yo puedo hacerlos esto?

«Respondieronle:—Sí, señor.

»Entonces les tocó los ojos y dijo:—Hágase lo que creéis.

»Y se abrieron sus ojos. Entonces les amenazó Jesús diciendo:—Mirad, que nadie lo sepa.

»Y ellos se fueron y lo divulgaron por toda aquella tierra».

No lo dirían en seguida al salir, no saldrían proclamando el milagro, que es lo que Jesús tal vez quería, para que no se acumulase todo el mundo y todos los enfermos en la casa, sino que pudiesen descansar sus discípulos, y se disolviese la gente. Pero luego, claro está, se lo contaron a todos sus conocidos y a todo el mundo. ¿Tan fácil es disimular su curación dos ciegos conocidos en toda la vecindad?

Esta es la primera vez que en los Evangelios sale el nombre de *Hijo de David* aplicado a Jesucristo. Nombre era éste que en la conciencia de todo judío significaba lo mismo que Mesías; no un hijo o descendiente cualquiera de David, como había muchos, sino el hijo y descendiente prometido especialmente al pueblo judío, para su salvación, el Mesías, que según oráculos, de todo el pueblo conocidos, debía nacer de la familia de David.

Y no se puede creer que los ciegos eran los primeros que usaban este nombre. Sino que tanto lo habían ya oído aplicar al Maestro que hasta ellos lo sabían, y en esto escribaba su confianza, en que Jesús era el Hijo de David, el Mesías de Dios, el Cristo, el Ungido maravilloso que les podía dar la vista y la salud a ellos y a todo el pueblo.

#### 107. EL ENDEMONIADO Y MUDO

(Mt. 9, 32-34)

«Apenas salieron aquéllos, le trajeron un mudo que estaba endemoniado. Y, echado el demonio, habló el mudo y se admiraron las turbas, diciendo:—No se ha visto en Israel cosa como esta.

»Pero los fariseos decían:—Es que echa los demonios en virtud del príncipe de los demonios».

Terrible ceguera la de estos infelices fariseos. Todo el pueblo sencillo aclamaba en Jesús al Mesías, todos confesaban que aquello era nunca visto ni oído en Israel, todos recogían su doctrina como santa, y miraban su persona como enviada de Dios, y los pobres fariseos ciegos se obstinaban cada vez más contra Jesucristo. Les parecía mal que perdonase pecados, que comiese con pecadores y publicanos, que no ayunase ni hiciese ayunar a sus discípulos, y con una calumnia más atroz y grosera, ya que no podían negar los prodigios admirables que estaban viendo, los atribuían a comercio que tuviese con el demonio.

Ya otra vez habían dicho la misma blasfemia. Ya entonces Jesucristo les había llamado la atención sobre lo espantoso de este pecado de blasfemia que cometían contra el Espíritu Santo. Insistían de nuevo sin embargo en su culpa.

Terrible ejemplo de los que viendo no ven y oyendo no entienden, porque no quieren ver ni entender, ni creer. Mucha es la triste descendencia que aquella familia de fariseos incrédulos ha dejado en el mundo. Muchos son los que a imitación suya se obstinan en no creer lo que ven que están obligados a creer.

#### 108. NUEVA EXPEDICIÓN DE JESUCRISTO

(Mc. 6, 1-6; Mt. 13, 53-58)

De nuevo Jesús iba a salir en expedición por los pueblos de Galilea como lo había hecho el año anterior. Entonces lo hizo sin los apóstoles, porque, si bien éstos le acompañaban muchas veces, pero no con el carácter de apóstoles y de doce escogidos, que después adquirieron. Ahora va a su expedición evangélica escoltado de los doce, para enseñarlos cómo han de evangelizar a los pueblos, adonde poco después los piensa enviar como veremos.

Y como la primera vez, también ésta fija desde luego su mirada en su pueblo, en sus amigos y vecinos, en sus primeros y parientes, en la bella Nazaret, en su florida aldea, que ¡ay! para él tenía muy pocas flores y ningún fruto.

«Salió de Cafarnaúm y fué a su patria. Y le seguían sus

discípulos. Y cuando llegó el sábado comenzó a enseñar en su sinagoga. Y muchos se admiraban de su doctrina y decían:

«—¿De dónde le viene a éste todo esto? Y qué sabiduría es esa que le han dado, y qué portentos esos que se obran por sus manos? ¿No es este el artesano? el hijo del artesano? No es María su madre? y sus primos (hermanos) no son Jacobo, José, Simón y Judas? Y sus primas (hermanas) no están entre nosotros todas ellas? Pues de dónde le viene a ese todo esto?

»Y estaban escandalizados de él».

Despreciaban a su paisano. Parecíales arrogancia, soberbia y ambición todo aquello. Llevaban a mal el que un joven que había sido hasta ayer, como quien dice, su compañero, su amigo, que nada había demostrado de extraordinario, sino que había alternado con ellos como un simple carpintero, como sus primos y primas que allí estaban, o como Jacobo y José y Simón y Judas, que aunque estaban acompañando a su primo, nada enseñaban ni de nada hacían demostración, se pusiese de aquella manera a querer enseñarles como doctor. Lo mismo sabe ese que cualquiera de nosotros o de sus primos.

Jesús también les recordó el mismo refrán que la vez primera, y les dijo:—No hay profeta sin honor sino en su patria y en su familia y parentela.

«Y no podía allí hacer ningún portento por la incredulidad de la gente. Excepto unos pocos enfermos que curó con la imposición de sus manos.

»Y se admiraba Jesús de su incredulidad».

¿Cómo no pudo hacer allí ningún prodigio Jesús por la incredulidad de sus paisanos?

Acaso se deba esto entender según la providencia divina con que Jesucristo se acomodaba a la fe de sus enfermos. El Centurión creyó que desde lejos con sola su voluntad podía dar la salud, y el Maestro dió al siervo del Centurión la salud desde lejos. El Archisinagogo creyó que era menester que fuese a casa y le pusiese las manos a su hija, y Jesús la resucitó yendo a casa de la difunta y tomándola de la mano. La Hemorroisa creyó que podría sanar tocando la veste de Jesús, y solo quedó sana cuando tocó la borla

del manto del Maestro. Los Nazarenos despreciaron a Cristo y creyeron que el que no era, a su parecer, más que cualquier aldeano de Nazaret, no podía tener ninguna prerrogativa ni de Doctor ni mucho menos de taumaturgo, y dijeron: ¿que va a hacer ese? ¿qué poder va a tener ese? si es uno de tantos de nosotros. Y Jesús no hizo con ellos ningún portento, sino alguno de esos que no les debieron llamar la atención. Sanó a unos cuantos enfermos, poniéndoles sus manos.

También es creíble, que como lo despreciaban, como no creían en él, no iban los enfermos a pedirle la salud, ni los que tenían enfermos y necesitados en sus casas se dignaron suplicar ningún favor a su vecino de ayer, porque no creían en él. Con lo cual Jesús no pudo hacer ningún milagro, por carecer de ocasiones para ello, a causa de la desconfianza y desprecio de los suyos.

#### 109. POR LOS PUEBLOS DE GALILEA

(Mc. 6, 6; Mt. 9, 35-38)

Salió de Nazaret y acompañado de los Apóstoles «iba recorriendo todas las ciudades y pueblos de los alrededores, enseñando en sus sinagogas, predicando el Evangelio del Reino del Mesías y curando toda dolencia y enfermedad».

Caminaba por todos aquellos campos, de la ciudad a la aldea, de la aldea a la ciudad, de un pueblo a otro, la caravana apostólica con su maestro. Seguirían de seguro con ellos aquellas mujeres que desde el principio después de la conversión de la Magdalena seguían los pasos de Cristo: María Magdalena, Juan de Cusa, Susana y sus amigas, y entre ellas de seguro su Madre. Y por todas partes adonde llegaban predicaban la buena nueva, el evangelio, la dulce noticia tanto tiempo deseada del Reino, que se acercaba, que llegaba, que estaba presente y comenzando.

¡Ay! cuánta necesidad había de la buena nueva y de la renovación del pueblo! ay! lo que hallaron! ay! lo que vieron! En cuatro palabras no más nos dice el Evangelio cómo estaban los infelices: «Echados, despellejados, como ovejas que no tienen pastor».

«Al verlas Jesús se conmovió. Y dijo a sus discípulos: «—La mies es mucha. Rogad al Señor de la mies, que envíe a su mies operarios».

Pero ¿quién era este dueño de la mies sino el mismo Salvador del mundo y Redentor nuestro? Mas entonces llamaba dueño de la mies a su Padre, a aquel de quien él mismo dijo que era dueño de la viña y el amo del sembrado. «Mi padre es el labrador». Él era el Hijo amado del amo de la viña y del campo, a quien el Padre enviaba al mundo para llamar la atención de los malos sacerdotes y fariseos que tan mal trataban la viña y el campo y que debía ser muerto violentamente por estos malos pastores, malos labradores, malos viñadores que por no respetar al Padre habían de dar muerte alevosa al Hijo.

#### 110. MISIÓN DE LOS APÓSTOLES A PREDICAR

(L. 9, 1-5; Mc. 6, 7-11; Mt. 10, 1, 5-14)

Pedía oraciones, aunque bien podía él sin oraciones nuestras procurar operarios a su mies y su viña. Pero esta es la providencia de Dios, que quiere que los dones divinos en parte al menos no se den sin nuestras oraciones.

Mas no por eso dejaba él de enviar sin más oraciones ni plegarias sus operarios a todas partes. Y ya que los había enseñado con su ejemplo y la práctica, quiso desde entonces enviar a sus apóstoles a predicar y ensayarse ellos solos en la evangelización que más tarde tendrían que hacer de todo el mundo.

Y un día, después de haber recorrido ya muchos pueblos de Galilea, «convocó a los doce, les dió virtud y potestad sobre los espíritus inmundos para echarlos, y para curar todas enfermedades y todas dolencias, y comenzó a mandarlos de dos en dos a predicar el Reino de Dios y sanar enfermos».

Pedro debió ir con su hermano Andrés. Juntos debieron ir también los dos hermanos Zebedeos prestos como el rayo hijo del trueno, Felipe con Bartolomé que eran amigos, Tomás con Mateo, los dos primos de Jesús, Jacobo y Judas, y en fin, Simón el Celoso debió cargar con la triste compañía de Judas, el tibio, el traidor.

Formadas las binas, el Maestro les dió sus instrucciones, diciéndoles:

«—No vayáis camino de los gentiles, y no entréis en las ciudades de los samaritanos, sino más bien id a las ovejas que de la casa de Israel han perecido. Y en vuestro paso predicaréis así: *Se acerca el reino de los cielos*. Curad a los enfermos, resucitad los muertos, limpiad a los leprosos, echad a los demonios. Habéis recibido gratis, dadlo gratis. No llevéis nada para el camino, ni oro, ni plata, ni cobre en vuestras fajas, ni alforja para el camino, ni pan, ni dos túnicas, ni zapatos, ni báculo, o una vara solamente. Porque el operario ya merece la comida.

»En cualquier ciudad o pueblo que entréis, preguntad quién hay en ella digno, y en la casa en que entréis permaneced hasta que salgáis. Al entrar en la casa saludad diciendo: Paz a esta casa. Y si es digna de verdad aquella casa, bajará sobre ella vuestra paz. Pero si no es digna vuestra paz se volverá a vosotros.

»Y si alguno no os recibe ni oye vuestras palabras, salid fuera de aquella casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies como testimonio contra ellos».

Varias cosas hay que notar en estas instrucciones.

Prohibióles que fueran a predicar a los gentiles, y aun a los Samaritanos. Porque si bien después se había de predicar el Evangelio a todo el mundo, pero la providencia de Dios tenía dispuesto, que primero se predicase y fundase el Evangelio y el reino nuevo en Israel, según las profecías y los oráculos, que vaticinaban, que el pueblo de Israel sería el que llevase la luz y el dominio del Mesías por todo el mundo, como en efecto se hizo. Porque los gentiles de los Judíos recibieron las enseñanzas divinas. El mismo Cristo dijo de sí, que él inmediatamente solo venía y solo había sido enviado al pueblo de Israel, y no a los gentiles, sino mediante estos judíos. Y cuando envió después de su resurrección a sus apóstoles al mundo, encargóles que ante todo evangelizasen a Israel, luego a Samaría y luego a todo el mundo. Y este mismo orden observó San Pablo, como se lo dijo a los judíos. «A vosotros teníamos que predicar primero que a nadie la palabra de Dios; pero pues la rechazáis, nos vamos a los gentiles. Porque el Evangelio es

la virtud de Dios para salvación de todo creyente, primero del judío, luego del griego», es decir, del gentil.

Tampoco estaban los apóstoles bastante preparados para ir a predicar a los gentiles.

En fin, si a los gentiles hubieran ido no hubieran dejado de tener pretexto los judíos para rechazar al Mesías y a sus apóstoles.

El tema de su predicación es siempre el mismo. El de Juan Bautista, el de Jesús. Se acerca el reino de Dios, el reino mesiánico tan prometido y esperado. Todos entendían lo que Reino de Dios significaba.

Dióles potestad sobre los demonios y sobre las enfermedades, y sobre todos los demonios y todas las enfermedades.

Díjoles que así como recibían gratis aquellos poderes y virtudes, así las repartiesen gratis. Porque no quería que con aquel poder de hacer milagros y curaciones especulase ninguno, ni por ello recibiesen dones ni regalos. Aunque ya por otra parte los autorizaba para recibir su sustento, pues digno es el operario de su merced y de su alimento.

En cuanto a lo que consigo habían de llevar enseñóles cómo habían de fiar del todo en su providencia. No les permitió llevar, no solo mucho dinero, pero ni poco, ni cobre siquiera, ni alforja para el camino, ¿para qué? si ni siquiera debían llevar pan, ni vestido para mudarse, ni zapatos, sino solo las sandalias, aquel calzado apto para caminar, que consistía en una suela de cuero que sujetaban con correas al pie. Solo un báculo les dejaba llevar. Y parece que Jesucristo aún en lo de la vara y báculo tuvo dificultad. Porque San Lucas y San Mateo escriben que les dijo que ni bastón llevasen para el camino. Pero tal vez algunos lo tenían ya, y mostrándose dispuestos a dejarlos, el Señor benignamente se compadeció y les dijo que bien, que llevasen el bastón que tenían, pues San Marcos escribe que les dijo, que llevasen solo el bastón y que dejasen los demás. *Nisi virgam tantum.*

Mas ya que no llevaban nada, les indicó que el sustento se lo debían dar los pueblos. «Porque, son sus palabras, el jornalero merece su sustento».

Mandóles aposentarse. no precisamente en casa de los ricos y opulentos, sino en casa de alguna persona digna. Y que no anduviesen hospedándose en muchas casas, sino viviesen en la misma todo el tiempo que estuviesen en un pueblo.

El saludo que les enseñó no era nuevo, sino el ordinario de los países orientales, y que todavía hoy usan. *Pax a esta casa.*

Si en alguna parte no eran bien recibidos, les aconsejaba que saliesen enseguida y que en testimonio de protesta sacudiesen el polvo de sus pies. Era costumbre rabínica que todos cuantos viniesen de tierra de gentiles a Judea, y los que subiesen al monte del templo, sacudiesen el polvo de los pies, con lo cual sensiblemente recordaban y profesaban, que era impura y profana la tierra de los gentiles, en comparación con el pueblo de Dios, así como la tierra en general en comparación del templo.

Los manda de dos en dos, para mayor consuelo, fortaleza, seguridad y consejo. Aún no podían andar solos. Novicios en el apostolado y compañía de Jesús, ni valor, ni pericia, ni prudencia podían tener para empezar bien el árduo y difícil ministerio de la primera misión.

No se debe creer, sin embargo, que los consejos que Jesucristo dió a sus apóstoles en esta ocasión, se los diese para siempre, ni mucho menos que en ellos quisiese el Maestro y Señor de todos los Apóstoles de su Iglesia, formular el código de lo que sus ministros hubiesen de observar en todo tiempo. Imprudencia y violencia hubiera sido querer acomodar aquellos preceptos a todas las circunstancias de la vida de los apóstoles de la Iglesia. La expedición que entonces iban a emprender los Apóstoles era de las más sencillas y breves. Solo duró unos pocos días. Para ella estaban muy oportunamente dictados aquellos preceptos. En las demás debería guardarse el espíritu de modestia, generosidad, desprecio de los bienes del mundo, y todas las otras virtudes que en estos preceptos se encierran.

Mas en cuanto a la letra, muy imprudente debería ser el apóstol o ministro de Jesucristo, que, porque una vez se impuso este método a los apóstoles, pensase que siempre se había de evangelizar así en la Iglesia.